

hombres. Ni basta considerar aquí solamente la diferente configuración de tales espíritus, según yo la creo, sino que también es necesario contar con la mayor, ó menor cantidad de los mismos espíritus, y con la mayor, ó menor expedición con que se mueven. Quando consideramos á Polion tan irresoluto en sus determinaciones, tan tardo, y perezoso en sus acciones, que al oír hablar recio á otros, al punto se encoge, y amilana: que después de haber comenzado una obra, fácilmente la dexa, y se retira arrepentido por qualquiera oposición, y dificultad que sobrevenga: que querría encolezarse, y con justo motivo, pero no halla el como: que desearía desalojar de sí el miedo, y la timidez en tantas ocasiones, pero que no puede conseguirlo: á este tal le llamamos hombre de poco espíritu; y hablando de este modo, queremos dar á entender que está pobre de aquellos espíritus vigorosos de que se sirve el alma para los arduos negocios que ocurren en el comercio humano. Abundará ciertamente de estos espíritus aquel General de una Armada, que incansable, y ya con frialdad, ya con ardor, se dexa ver en todas partes, y ocasiones entre las fatigas militares, sin conocer el miedo, ni saber que cosa sea reposo.

Encontramos también personas á quienes es necesario arrastrarlas con maromas para que se enfaden; pero una vez enfadados, no solamente se muestran mas animosos, y aun mas fieros que otros, sino que también conservan en sí mismos por tiempo mas dilatado el furor de su ira. Ni la lentitud, y tardanza en airarse proviene de la falta de espíritus, sino de que estos espíritus son por sí lentos, y no muy utilizados, ó porque están unidos á otro humor, que llamaron flema los antiguos, ó porque su temperamento es juntamente colérico, y melancólico. Pero en otros, que con poco se enciende en ellos el fuego, y con un vuelo rápido hace grande impresión, y conmoción en su cerebro, es la causa el nitro, y azufre de sus vivísimos, y sutiles espí-

íritus; mas se observa que después vuelven con presteza á su primera quietud, y calma.

## §. V.

Y para hacer mas patente que las naturales disposiciones del cuerpo son como las primeras semillas, ó principios de nuestras costumbres, repárese con cuidado el mismo trabajo de la naturaleza en los brutos. Vemos algunos perros naturalmente perezosos, tímidos, y de corazón apocado, y otros espirituosos, fogosos, y atrevidos: unos alegres, y mansos, otros terribles, y fieros: algunos festivos, y divertidos, otros melancólicos, serios, y mal acondicionados; y así como estas criaturas irracionales obran de diversos modos, á proporción de los varios espíritus que se forman de su propia sangre, así los animales racionales reciben de su complexión corporea una aptitud, y natural inclinación para obrar mas presto de este modo que del otro. Esto se manifiesta mas particularmente reflexionando que la naturaleza misma nos hace ver de quando en quando exteriormente las disposiciones interiores de los espíritus animales, y la propensión de la máquina corporea á diversos movimientos, que adoptados después por el alma, vienen á ser acciones morales de ella. De hecho, la naturaleza misma suele delinear, y pintar en el rostro de muchas personas, y principalmente en sus ojos el genio, y qualidad interior de sus espíritus. Por lo comun en los ojos de los amantes suelen leer lo que pasa en el corazón.

Así también aquel ayre dulce, que se observa en el rostro de algun sugeto, y aquel que juntamente dulce, y varonil se mira en el de otros, y principalmente campea en sus ojos placenteros, modestos, y risueños, es una perspectiva de lo que se halla en sus interiores, manifestando no los secretos del alma, esto es, de la substancia invisible, pero sí del temperamento de aquellos humores, y espíritus que hay en sus cuerpos:



pos: temperamento dulce, porque es producido de las sales de esta misma especie, y por tanto inclina á costumbres mansas, y apacibles. En esta conformidad solian los Latinos llamar *rostrum liberal* al que nosotros llamamos *cara de hombre de bien*, ó *de hombre bonrado*. Ni puede negarse que en la cara de algunos se lean estos lineamentos, esto es, aquellas señales que corresponden á la interna, y bien ordenada arquitectura del cuerpo provisto de bellos, y bien templados espíritus. Y si alguna vez encontramos con ciertos rostros, que en su terrible modo de mirar manifiestan saña, y ferocidad, aunque no lo tengamos por cierto, sospechamos, y en verdad con fundamento, que aquellos cuerpos abundan de espíritus malignos, y que su alma será por ellos inclinada, y fácilmente prorumpirá en desprecios, en riñas, en quëstiones, y aun tambien en crueldades. A este modo quando vemos en algunos una frente estrecha, y jamas arrugada, unos ojos como amortecidos, un caminar con la boca abierta, y con otras semejantes señales, tenemos justo motivo de conjeturar que aquella alma no tiene buena posada en aquella cabeza, y que carece de espíritus generosos que la ayuden á producir sus acciones con facilidad, y alabanza. Es cierto que el estudio de la fisonomía no es arte seguro; pero con todo ayuda bastantemente para conocer, é indagar las internas inclinaciones de las personas, sus defectos, y habilidades.

Todavía hay mas, y conviene advertirlo. Este nuestro temperamento, y estos espíritus nuestros, no obstante de ser tan sutiles, son siempre materiales, y son en realidad los que, por lo comun, tienen gran poder para excitar nuestras pasiones. Estas, como veremos despues, son las que forman en parte nuestras costumbres, y llegan á ser en nosotros vicios, ó virtudes, segun que nuestra alma, ó las vence refrenándolas, y moderándolas, ó se dexa vencer de ellas. El que uno sea medroso, y tan pusilánime, otro tan atrevido, y ale-

gre, é inclinado al amor brutal del cuerpo: que aquel sea tan pronto á la ira, al odio, al orgullo, y este otro á la tristeza, y desconfianza, todo puede ser efecto del alma quando ella medita; pero las mas veces hemos de atribuir el origen, y principio de estas cosas á la máquina ingeniosa donde habita el alma: de manera, que las principales ruedas de tantos movimientos como experimentamos en nosotros mismos, las debemos buscar muchas veces, no en la potencia espiritual, sino en la materia de que estamos compuestos, la qual con sus ocultos artificiosos muelles tiene fuerza para mover el espíritu, haciendo muchas veces que de agente pase á paciente.

## §. VI.

ES muy importante el observar, y conocer todas las ruedas de esta nuestra máquina, esto es, aquellas primeras causas, ó eficientes, ú ocasionales, é impulsivas de nuestras acciones morales; porque sin este conocimiento, quando lleguen á desconcertarse nuestras costumbres, no sabremos elegir, y aplicar los remedios oportunos, ignorando el origen, y causa de un tal desconcierto. Advertimos que muchas de nuestras acciones (séame lícito el explicarme así) son como efecto de un principio maquinal, y mecánico; porque la máquina de nuestro cuerpo juntamente con sus espíritus, como que arrebatada á nuestra alma á hacer lo que no deberia, ó á dexar de hacer lo que tenia obligacion á practicar; mas no por esto dexamos de ser reos, y culpables en aquella accion, ú omision pecaminosa. Por tanto, á fin de que nuestra alma no se dexa arrastrar á cosas que no la convienen, es necesario que procuremos conocer quales son los instrumentos de nuestra parte corporea, que pueden llevarla á estos desórdenes, y precipicios.

A esto sin duda deberán atender los hipocondriacos, cuya suprema region es muy semejante á la del ayre, porque en aquella se hallan las mismas alteraciones, y metéoros que en esta con igual variedad; esto



es, unas veces serenidad, otras nublados, lluvias, vientos, y tempestades: en algunas horas del día goza este género de gentes una dulce quietud, acompañando con buen humor sus sentimientos, divertimientos, y coloquios, saben divertirse, reír, y á las veces á carcajadas, como manifestando que son los mejores compañeros para la diversion. Pero muy poco dura este humor: en otra hora del mismo día ya se muda la escena: ya se dexan ver con un semblante que espanta, tristes, y desazonados aun consigo mismos, ni quieren hablar, ni que se les hable: la conversacion les es insípida, ó por mejor decir molesta; por tanto se escapan buscando la soledad, y si pudiesen hacerlo, huirian aun de sí mismos. Entonces se levantan nieblas de sospechas, de zelos, de temores, y de dificultades en orden á sus intereses: dan á las sombras tanto cuerpo, y tal apariencia á las cosas contrarias, que se les figuran como montes muy altos, y casi les parece que caen sobre ellos. El que ántes era su amigo, y confidente, y aun recibia sus favores, guárdese bien, porque corriendo esta constelacion tan contraria, corre tambien peligro de recibir malas respuestas, desayres, y malos tratamientos. Pobres de los criados que los asisten en este tiempo. Fuerza es que se preparen para aguantar, y sufrir lamentos, desprecios, amenazas continuas, si acaso no sucede otra cosa peor. Ninguna cosa habrán hecho bien hasta entonces: la menor tardanza será un grave exceso: qualquiera respuesta, aun la mas moderada, será una temeraria insolencia; y en lo que parará aquella tempestad, será en echar á los pobres criados de la casa.

Mucho se necesitaba para concluir el retrato de quien está expuesto á los asaltos de este humor melancólico. Miéntras se halle una persona muy hipocondríaca, é inquieta, acusará á todos los que andan cerca de ella, atribuyéndoles la causa de sus inquietudes coléricas, sin reflexionar que el verdadero motivo de

se-

semejantes extravagancias, está encerrado en el ventrículo, ú oficina de sus flatos, y excesivas fermentaciones, ó en los humores de su cuerpo, que están fuera de equilibrio, pasando estos desconciertos de la materia á desconcertar, y alterar tambien la buena armonía de su alma: ¡oxalá no fuera así! Muchas veces mudamos de voluntad, y deseo, no por otra causa que por mudarse la estacion, el ayre, y el viento: una tramontana, ó cierzo, un tiempo sereno hace que estemos de un humor: un bochorno, ó solano de un día nublado nos pone de otro; porque las alteraciones del elemento que respiramos, llegan insensiblemente á alterar nuestros humores, y espíritus. Y al fin estos conducen este mismo influxo, y la misma impresion á nuestro cerebro, que es el principio de nuestras operaciones. Sucede esto especialmente á los que en su modo de vivir no guardan una justa igualdad, siendo inconstantes, y llenos de voluntariedades, y continuas mutaciones: unas veces alegres, otras respirando un *mírame, y no me toques*: en esta hora placenteros, y resueltos: en la que se sigue desdeñosos, é irresolutos: en un tiempo entregados todos al estudio, al trabajo, á la conversacion: en otro araganes, sin aplicacion, y deseosos del retiro, y soledad.

Por tanto apliquémonos á estudiar el libro de nuestro cuerpo, y descubriremos que allí está escondida la causa motiva de tantas mudanzas, esto es, la mala disposicion de nuestros fluidos, y espíritus, y que para curar de algun modo la desigualdad del ánimo, será necesario curar primero la desarreglada armonía del cuerpo, de la qual regularmente depende aquella. Por esto ninguno deberia tener necesidad de aprender la causa por que los viejos, los enfermizos, y los actuales enfermos nos parecen comunmente tan tediosos, tan fastidiosos, descontentadizos, y quejicosos, y aun con la cólera en la punta de la lengua, y con la tristeza siempre en la cara. Sienten estos que la casa siempre amenaza ruina, y que

F 2

la



la vida les es pesada, que no obedecen prontamente los miembros á las insinuaciones de la voluntad, que les faltan aquellos espíritus de que abundan los jóvenes, y los sanos; y así es necesario compadecernos, y no formalizarse quando ellos acusan á la muger, á los hijos, y á los criados de tantas omisiones, y comisiones, y excusar la miserable constitucion de sus propios cuerpos, que en todas las cosas pone amargos disgustos á sus propios ánimos. En suma, por esta, y por otras causas decia el Apóstol que el corruptible cuerpo agrava á el alma; y nosotros podemos hacer la experiencia en nosotros mismos, tocando, como con la mano, que los desconciertos de nuestra alma provienen aun mas de lo que creemos de este nuestro cuerpo desconcertado.

Todo quanto hemos dicho de la tristeza, debe decirse proporcionalmente de la alegría, cuyos efectos vemos no pocas veces en la comida, y bebida; y principalmente en esta quando es fuerte, y se toma sin la medida proporcionada, y justa. Entónces los espíritus sulfúreos, y salitrosos, que están escondidos especialmente en el vino, se exáltan, y caminando por los nervios con velocidad, llegan al cerebro, ó si no, desde el estómago por el camino de la sangre, y del chilo, van á la cabeza, y con ellos la jovialidad, y en ocasiones muy presto, y con exceso. No porque los espíritus vitales, y mucho menos los del vino, quando no están aun cocidos, sean de la misma velocidad, qualidad, y especie que los espíritus animales, sino porque aquellos mueven fuerte, y dulcemente á los otros, y tomando el alma la alegría del sentido del gusto, se excita en el cerebro un movimiento gustoso, y desde allí corren, y se deslizan palabras alegres, y graciosas á la lengua, y espíritus vivos á los ojos, y muchas veces con tal ímpetu, que el alma misma pierde las bridas del tino, y cae en lamentables excesos.

Acuérdome que en los tiempos pasados hubo un gran Príncipe, el qual á la medida de lo restringido que era de vientre, lo era tambien en hacer gracias. Por esto es-

ta-

taban atentos los afectos Cortesanos; y luego que las medicinas hacian su efecto, ponian en manos de su Amo sus memoriales, y súplicas, con la seguridad de lograr favores, y gracias; y decian despues unos á otros por bufonada, que la clemencia de su Amo no era efecto de su cabeza, sino de otra parte de su cuerpo.

Pero ya es tiempo de hacer aquí una reflexión para tenerla muchas veces á la vista en el exámen de nuestras costumbres, y de las de otros hombres. Hacen estos muchas acciones, que tienen todo el color, y semblante de virtud; pero las mas de ellas ni son virtud, ni obras virtuosas. Pueden ser, y son muchas de ellas efecto, y movimiento del temperamento natural, y propio, esto es, llevan la máscara, ó baño de virtud; pero les falta aquel interno valor, y mérito, que hace que sea virtuosa una acción, de lo que hablaremos á su tiempo. Bellísimo aspecto tiene entre las virtudes morales la de la misericordia, el ser tierno de corazón, el compadecerse de las miserias ajenas, y procurar socorrerlas, y aliviarlas. Pero algunos desde el vientre de su madre, y en la composición de sus humores, y delicada configuración de sus espíritus animales, demasiado suaves, y dulces, traen consigo estas bellas qualidades, é inclinaciones, moviéndose su fantasía maquinalmente al ver los trabajos, y miserias ajenas como si fuesen propias, al modo que algunos se rien fácilmente quando ven á otros que se rien, y lloran tambien quando ven á otros llorar.

No cesa, ni acaba Arsenio de alabar la paciencia de un criado suyo, y el sufrimiento con que calla aun quando le dicen las mayores injurias. Una madre encuentra tambien una buena dosis de tolerancia en una hija suya, un Maestro en su Novicio: no se les oye el menor resentimiento: sufren sin alterarse las tempestades de las riñas, amenazas, y aun los golpes que se siguen á estas. Puede ser que este laudable silencio, este sufrimiento, esta paciencia nazca de una virtud verda-

Tom. I.

F3

de-



dera; pero tambien puede ser que sea puro efecto de su temperamento, sin trabajo, ni dificultad en ellos. Basta para todo esto tener pocos espíritus, y que estos sean apacibles, mezclados de poca cólera, para que un sugeto aparezca pacienzudo, y casi insensible á todo aquello que en otro mueve grandes incendios de impaciencia, y de cólera. De hecho, quien quisiese lograr un criado paciente, quieto, y fiel, mas fácilmente lo encontrará entre aquellos que tienen pocos espíritus; pero dispóngase al mismo tiempo á sufrirlo perezoso, desatento, é inhábil en muchos casos, porque esta es una pension de la debilidad de su temperamento. Al contrario un criado de complexión, y cabeza espirituosa tendrá mayor habilidad, mayor brio, y prontitud: pero debe temerse de que en él se hallará la impaciencia, la volubilidad, y acaso tambien la infidelidad, efectos todos del demasiado nitro, y azufre, que bullendo dentro de sus venas pasa á su cabeza.

Del mismo modo la templanza que observamos, y con razon alabamos en muchos sugetos, será probablemente en estos efecto de una verdadera virtud; pero quien me dirá que en algunos no pueda ser una consecuencia natural de su temperamento, y de su flaqueza de estómago. A esta manera podemos discurrir de la fortaleza, de la magnanimidad, de la humildad, de la moderacion, y de otras virtudes, que por varias causas, y especialmente por ser efectos del solo temperamento, pueden no llegar á ser verdaderas virtudes en el hombre que las posee, porque no proceden de una voluntad resuelta, y de una razon que manda, sino de la disposicion de su máquina, y de la abundancia, ó carestía de los espíritus mencionados. Serán, pues, efectos naturales, pero no hábitos, ó actos de virtudes.

## §. VII.

SI con atencion exáminasen estos mismos principios algunas personas de conocida piedad, y de santa y delicada conciencia, no se quejarían tantas veces de algunas distracciones, y contratiempos que les suelen suceder quando se exercitan en actos de devocion. Acostumbradas á meditar en las grandes verdades que el Cielo nos ha revelado, y á tratar con aquel Divino Señor, y Maestro que ellas aman, y buscan, y saben que lo tienen presente en sus corazones, á veces les parece que está muy léjos de ellas, y no encuentran palabras, ni pensamientos para acercarse; y como si fueran troncos insensibles pasan todo el tiempo de su oracion sin sacar fruto alguno. Otras veces se sienten tan desganadas, y descaecidas, por no decir perdidas, ó atolondradas, que temen que su dulce Esposo, como se dice en los Cantares, se les haya huido, y retirado á otra parte; y por esto se quejan amargamente, juzgando que por culpa suya, y por defectos imaginados, y no conocidos, se les ha ausentado el dulce objeto de su amor casto, y puro. Pero cesarian muchas veces estas quejas, y congojas, si descubriesen la causa verdadera de tan tristes desconsuelos, y penosos desvíos. Podrán, pues, buscarla en los rincones de sus almas; pero la hallarán solamente dentro de su cuerpo en sus disposiciones, y humores.

La abundancia de sangre es un enemigo doméstico, que impide que el alma haga con desembarazo, y libremente sus funciones, porque retarda, ó detiene los movimientos de esta admirable máquina, á quien el alma está unida, enviando influxos molestos, que la hacen tarda, y pesada. Quando sopla un recio viento, que llamamos bochorno, tienen fuerza sus partículas sutiles, y cálidas de entorpecer á no pocos la sangre, y por consiguiente de engruesarla; de manera, que deteniéndose entónces en los vasos, se sigue dificultad en la respiracion, se recalienta, y ofus-



ca la cabeza, y el cuerpo todo se hace perezoso, y pesado. En esta constitucion de cosas no hay que maravillarse si despierta la melancolía, y si se perturba el orden, y curso de los espíritus, de que se sirve el alma para sus operaciones, y si el mismo cuerpo queda como impedido, é inepto para aquella atencion, y fuerza, que se requiere para reflexionar, y meditar las cosas espirituales, y levantar nuestros pensamientos sobre la terrena materia, y barro de que somos formados. Luego que un frio penetrante del invierno, ó un excesivo calor del verano se dexa sentir en nuestro cuerpo, entónces el alma, resintiendo la molesta, y enfadosa situacion de su compañero, y siervo, experimenta gran dificultad para poder recogerse, y fixarse en una meditacion, para la qual sea necesaria una abstraccion, ó recogimiento del espíritu, y si llega á conseguirla, dificilmente puede mantenerse en ella; y esto no por otra causa, como cada uno puede fácilmente entender, sino porque los sensorios del cuerpo, molestados de la impresion dolorosa que hace en ellos el ayre, ó ambiente que corre, obligan á el alma á poner su atencion en aquel impulso molesto, apartándola de los otros objetos, que con menos viveza la mueven en aquellas circunstancias.

Lo mismo sucede quando el cuerpo está en una postura incómoda, y mucho mas á proporcion quando tiene algun dolor, aunque solo sea de una muela; y peor todavía quando nuestro individuo padece alguna grave enfermedad, no pudiendo el alma entónces dexar de sentir la mala disposicion del cuerpo, y de consiguiente se inhabilita para profundas meditaciones, para las que es necesaria una gran calma, paz, y sosiego en nuestro cerebro. Por esto aquellas buenas almas no deben angustiarse al experimentar en sí ciertas distracciones obstinadas, ciertas desganadas, somnolencias, obscuridades, y melancolías; porque todas estas cosas no son pecados, ni defectos del alma, son solamente naturales defectos, ó para decirlo mas claro, miserias del cuerpo

po

po humano, como lo son otras enfermedades mas ruidosas, y á que estamos expuestos cada dia. Quando vengan, pues, sobre nosotros semejantes molestas tempestades, no se necesita de otra cosa para vencerlas, y pasarlas, que la humildad, y paciencia: esta para conformarnos de buena gana con la voluntad del Señor, que lo ha criado, y gobierna todo; y aquella para conocer mas, y mas la miseria, y la nada de nuestro ser. Lo mismo digo de ciertos movimientos involuntarios de los órganos, y fluidos de nuestros cuerpos, como nosotros no los buscamos, ni los deseamos, aun quando no los aborreciésemos, si suceden contra nuestra voluntad, no son culpa, sino miserias nuestras.

## CAPITULO V.

*De la variedad de los cerebros humanos, que influye en la variedad de las costumbres.*

## §. I.

**V**olvamos ahora á tratar del cerebro humano, ya que dexamos dicho, que este no ménos que el temperamento de los humores, y aun mucho mas sin comparacion que estos, puede influir en las acciones morales del hombre con su disposicion material, y con las imágenes que se imprimen, y residen en él. Es ciertamente muy del caso examinar este punto, por ser el mismo cerebro el que mas inmediatamente mueve al alma, y la dispone á obrar el bien, ó el mal moral. La economía, pues, de las acciones humanas se hace de esta manera: nuestra voluntad no quiere, ni busca otra cosa que el bien; y aun quando quiere el mal, sea fisico, ó sea moral, lo quiere en quanto se le representa como bien. Mas para que la voluntad elija este bien, ó verdadero, ó aparente, es indispensable que el entendimiento se lo presente antes como tal bien, habiéndonos dado Dios

es-